



Descubrir Valdeolivas

Dudo que haya otro pueblo tan escondido, tan olvidado, tan interesante y tan bello como Valdeolivas en toda la Alcarria.

No pertenece el pueblo de Valdeolivas en lo administrativo a la provincia de Guadalajara, sino a la de Cuenca; pero su término municipal limita con esta provincia allá por adustos campos alcarreños del Garigay, que, como también conocen nuestros lectores es el arroyo de Salmerón.

Anduve por Valdeolivas hace unas semanas con Jose María Torralba y un pequeño grupo de amigos. El recuerdo de algo diferente, de algo novedoso e inesperado como allí ví durante dos o tres horas que empleamos para conocer el pueblo, todavía sigue flotando por los rincones de la memoria.

Trescientas personas, no más, viven de manera continua en Valdeolivas; un pueblo que por porte debió superar en mucho las mil quinientas en tiempo no demasiado lejano al nuestro. Era pueblo de casonas recias, de calles estrechas, una magnífica rejería, de plazas evocadoras y de portales cargados de siglos que sostienen sobre el añojo columnaje floridos balcones, ventanucos de zaguán o de granero y escudos de armas. De vez en cuando sorprende al visitante alguna fecha multicientenaria marcada sobre el dintel de alguna puerta. De su historia nos gustaría saber. La presencia de doña Mayor Guillén de Guzmán, señora de villas y haciendas en toda la Hoya del Infantado, se adivina en los detalles más antiguos que, como casi siempre ocurre, quedan reservados

a las iglesias, y la de Valdeolivas es un libro abierto, variadísimo y en extremo interesante, del arte románico español en sus últimos tiempos, que coincide en el correr del calendario con la vida en la Alcarria de mujer tan influyente, cuyo andar por el mundo como amante del Rey Sabio, tuvo lugar por aquella época de nuestra historia en la que el gusto ojival apuntaba con sus primeros detalles.

El pueblo asienta sobre un llano con leve vertiente hacia el **barranco** que dicen **de la Vega**. Al otro lado hay una varga sombría, la mar de pintoresca, cubierta por la fronda de una serie de carrascas y de viejos troncos, entre las que, un poco a sombraluz, se distinguen, una en la ladera y otra sobre la cima, las **ermitas de San Pedro** y de la **Virgen de las Angustias**. Por su entorno, campos de labor acabados de sembrar, senderos embarrados y lindes plagadas de maleza, pequeños eriales en los ejidos con el viejo rulo de las eras clavado entre la hierba. Y lejos, en diferentes tonos de gris diluidos por la distancia, las tierras históricas de la Hoya del Infantado, dibujada en oteros suaves y en barranqueras por cuya caída verdean, con su tono mate y tristón, las copas en línea de los olivos.

Hemos dado en acercarnos hasta los molinos apenas llegar. Molinos de viento, sí, en plena Alcarria. Hay **tres molinos de viento** en las orillas del pueblo, junto a las eras. Quedan de ellos el corpachón cilíndrico de considerable envergadura, levantado a base de sólidas piedras labradas de sillería. Sobre la puerta de entrada a los molinos hay losas rectangulares escritas, a modo de lápidas incrustadas en vertical, con frases escogidas, según parece, del Antiguo Testamento. En uno de ellos se adivina, además, un bajorelieve con el busto marcado de una mujer, y en otro un reloj de sol. Son obra de la segunda mitad del siglo XVIII, es decir, mucho más modernos y sólidos que los molinos manchegos. Sobre la piedra, por lo menos en uno de ellos, se ve escrita con claridad una fecha, la de 1796. Nadie en el pueblo, ni aun los

más viejos, recuerdan haberlos visto en funcionamiento, aunque por el sitio en que se encuentran, limpio y despejado hacia los cuatro puntos cardinales, debieron recibir sin obstáculo alguno todos los vientos de la Alcarria. No lejos de allí se alcanzan a ver las modernas instalaciones de la almazara, del nuevo molino de aceite, la principal industria de la comarca en varios kilómetros a la redonda, en el centro mismo de unas tierras de labradores en las que el cultivo y explotación de esta especie tan común de árbol oleáceo, fué durante siglos parte esencial de sus quehaceres y economía.

Dos plazas, aparte de otras plazuelas y cruces de calle, hemos visto en Valdeolivas: la Plaza Vieja y la Plaza Nueva. La **Plaza Vieja**, como dice su nombre, es antigua y señorial; tuvo un olmo en mitad que la gente recuerda con nostalgia. Han plantado en su lugar un arbolillo, rodeado como de una pequeña jardinera circular, que marca exactamente el perímetro que llegó a alcanzar a ras de suelo el tronco de su antecesor. En la Plaza Vieja hay un caserón, un antiguo palacete agrietado en el muro frontal, con un bonito escudo de armas. Otro ángulo de la Plaza Vieja lo ocupa la Casa de los Sánchez, con arco y soportales bajo los que se guardan escritas sobre la piedra de la pared sentencias tremendas, arrancadas de la sabiduría popular, muy similares a las que no hace mucho tiempo pudimos leer en la plaza de Salmerón.

La **Plaza Nueva** es en realidad la que actúa como la verdadera plaza del pueblo. En ella está el moderno edificio del ayuntamiento, extienden sus productos los vendedores ambulantes, y aparcan los vehículos a la puerta de los baren en horas punta del medio día y del anochecer.

Pero el primero de todos los motivos de interés con los que cuenta Valdeolivas, y el que lo distingue del resto de los pueblos de la comarca, es su **iglesia parroquial de nuestra Señora de la Asunción**, que

tiene por remate una torre de cinco cuerpos y se corona con triples parejas de vanos superpuestos en el campanario, muestra simpar de la arquitectura tardorrománica de todas las Alcarrias. Y dentro, cubriendo la parte superior del presbiterio, un casquete de gran tamaño con pinturas del siglo XIII, en el que se ven representados un artístico Pantocrator bendiciendo, un tetramorfos alrededor con los símbolos de los cuatro evangelistas, y un apostolado completo a derecha e izquierda, repartidos en dos grupos de seis figuras cada uno. La magnífica figura policroma sobre el muro estuvo tapada durante años, siglos quizás, por el retablo mayor. Hoy, a la vista de todos, es ejemplar único no sólo en la comarca, sino en la región, y una pieza extraordinaria a tener en cuenta dentro del catálogo medieval de toda Castilla.

Las naves y capillas, con valiosos capiteles de transición, las coberturas apuntadas; la seriedad románica del ábside; la solidez de su pila bautismal cargada de siglos; las **simpáticas imágenes de san Quirico y de santa Julita**, sus patronos, completan el magnífico joyel de la iglesia de Valdeolivas; un pueblo de la Alcarria con entrada y salida libres, como corresponde a una villa que salvó los umbrales del medievo guapamente, para llegar hasta nosotros con todas las prerrogativas de una señora venerable, de una ciudadela con origen remoto, a la que había que acceder por cualquiera de las dos puertas que todavía conservan su viejo nombre: la **puerta de Huete**, y la **puerta de Molina**, ésta última con salida al campo bajo un arco de piedra restaurado.

José Serrano Belinchón

Viernes, 18 de diciembre de 1998

Fuente: Nueva Alcarria/ Artes y Letras.

Malo&delaSierra2000